El crimen de Vicente López

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El crimen de Vicente López (por Daniel Bernardo Grimberg)

Antes de empaparme en lágrimas por mi ambición de rastrear a estos males, permítanme expandir en letras y sin titilaciones cobardes a los hilos de mi rara sedición, para que no acometan otros toscos preámbulos y mentiras dentro de este mundo en el que nadie tiene la angustiante habilidad de diferenciar al amor del caos. No es frio mi corazón ni fría mi mente, y hago este trabajo, este escrito, no como un agónico pasatiempo, sino con la finalidad de extenuar a mi historia y aquello oscuro e implacable que rigió alrededor mío. Me he lavado la cara y acicalado frente a un espejo que un indicó que tengo el mismo aspecto pese a aquello tan catastrófico; automáticamente me sonreí, pero también me dispensé antipatía, porque no supe responder a los lamentos y las quejas enardecidas.

Escribo sin oscuros resentimientos, pero desgarrado por un amor del que ni siquiera mantuve la ilusión de que fuera correspondido, y que, a pesar de haber sido un escudo protector en épocas de desesperanzas, fue también el creador de mi aflicción. ¡Ese tenaz problema sobrepasó a mi capacidad de escapar a las contradicciones! Ahora entiendo porque alguien dijo que el amor es como el agua pura que jamás hay que beber, ¿cómo se le puede darle un aquí y ahora a algo cuya naturaleza corresponde al infinito?

He subido por metálicas escalinatas, rodé en mi cama, y únicamente me levanté para arrodillarme frente a una inánime Virgen de Luján que persiste encuadrada en su atril frente a las revueltas y disputas que se enrollan en mi corazón. Ella tomó partido por mí y apenas me encadenó a activos periodos de rezos y abstinencias. Me postré n una oración sacramental a sabiendas que mis abundantes lágrimas no me purgarían de dolor causado por la osadía de descalificar a lo que se veía claramente que era falso.

Ahora me referiré a Raúl Gasman, hombre robusto y emperifollado, a quien la muerte primero rasguñó y después estragó durante un anochecer paradójico que tuvo difusión a nivel nacional. Emplearé las palabras justas con el objeto de cortar de raíz cualquier exceso autobiográfico.

I

No haré anticipatorios rechazos al pronunciar el nombre de Abigail Rocha, dicharachera mujer que hacía reír a amigos y conocidos con sus regocijos y ocurrencias (varias, acaso, de socarrona envergadura). Ella, que a menudo se encaminaba hacia la ironía y el sarcasmo, representaba al alma de la empresa con sus desfasadas anécdotas y sus ahuecadas visiones e la vida. Alegre, se reía de los vagabundos de la ciudad que lagrimeaban de vez en cuando, mientras caminaban por sus márgenes cruentas, los que a veces perdían su mente en las futilidades y no entretenían razonamientos útiles.

No era la perfecta anfitriona de la oficina, ni se ponía a la par del otro para escucharlo y cooperar con él; si este se encontraba caído o con el fango hasta la rodilla, ella no le daba una previsión, ni hacía una interpretación más favorable de su atolladero. Sin hacer algún tipo de reserva, digo que Abigails se sentía cómoda con la práctica de la charlatanería.

También, sostengo que esos oficinistas se engrupían fácilmente, y Sofía Eredek fue la muchacha que abrió con sus sinuosos pasos, a senderos llenos de terribles represalias (¡cosa que desde el principio hay que mencionar!). Sí, debido a su peculiar concepción de los trajines de la oficina, se consagraba al cinismo, y nunca captó la íntima relación que hay entre el sudor y el trabajo. En ella se superponían aprovechadas intenciones, puesto que primero se hacía pasar por nómade, y después fingía un extravío… como estudiando por cual corriente encauzarse.

Tenía una personalidad autónoma, pero sin méritos propios, y su actuación en aquellas lides fue el resultado de la sujeción libidinosa que su jefe tenía hacia ella (tal vez había sido un tanto estúpida, pero hoy, en este día dieciocho de octubre de 2018, no me admiraría si se hubiera olvidado de lo que pasó).

Durante incruentas cantidades de veces y con aires jactanciosos, se despedía a las dos de la tarde de la oficina, y marchaba por calles que, si bien no eran duras, tampoco reconciliaban a nadie, pero que a ella le administraban una desproporción de sentimientos fascinantes porque se dirigía directamente a los shoppings. Se iba de compras gracias a la insaciable filantropía de Raúl Gasman… y al lado delos abarrotados locales de vitrinas esplendidas, danzaba feliz como lo hacen los lobos cuando hay luna llena. Compraba a placer, superando a los aparentes obstáculos con los solidarios números de sus tarjetas de crédito.

Salía de su despacho sin perturbaciones, explicando que necesitaba tomar aire o hacer una inmejorable síntesis de sus ideas creativas, aunque a veces no decía nada y se dejaba llevar por la imperiosidad de sus

impulsos.

No nos quedábamos atónitos a causa de la indiferencia granítica con que prestaba servicios a la empresa RG Utilities. Lo suyo no era un secreto, por lo que ninguno levantaba la cabeza para despotricar o hacer una espontánea reprobación. No había irrisión por tales desmanes ya que no encerraban irregularidades ni a algo inédito. Raúl Gasman, como su jefe, con total flexibilidad asentía a sus demandas que eran como las sombras de la noche que agarran a todo lo que la luz les va cediendo. Este lo hacía con el desesperado amor y pintoresquismo que presentan los enamorados maduros por las mujeres jóvenes, por lo que no había probabilidad alguna de que las fugas de ella se prodigaran en desordenes o quejas. Raúl reconocía como inobjetable a cualquier cosa que ella deseaba.

Como ese proceder de Sofía se cumplía religiosamente, y todos conocíamos de primera mano la relación que había entre los dos desde hacía un buen tiempo, no multiplicábamos con nuestras cejas a las genéricas modulaciones del asombro.

Sin largarme a hablar de la mal rumbeada generosidad de Gasman , aduzco que alguien le anduvo arrojando gruesos terrones de tierra con palas que salieron de la nada, que más que el atributo de mi rica imaginación, fue la tramitación de su oscuro homicidio. Esas degradantes capas de tierra, primero fueron concentradas en taparle la cara, para después cubrir el cuerpo como si fueran frazadas de mineral que lo abrigarían en sus sueños de ultramundos.

Durante una fenecida jornada ocurrió ese desastre, en el que no se desdibujaron las contenciones normales de las horas de trabajo. Los ritmos de aquel acto prescindieron en parte de una oración fúnebre llena de sencillez, debido a la impaciencia del ejecutor. Aquello no representó un ritual, pero sí a la condensada celebración de quien pasó a ser un cadáver. Se diría que fue amorosamente depositado en la tierra.

Es imposible discutir su muerte desde los usuales principios que mandan en lo que a homicidios se refiere, y no hubo desidia, una tumba común no hubiera hecho más que instalar su nombre en algún sitio estéril, en cambio, ese nicho casero soldó a Gasman con los ruidos de la calle; lo desarraigó de la abismal comunión con otros muertos, y le dio un lugar similar al de quien se aloja en una alegre pensión, en donde los huéspedes suelen conversar debajo de los toldos desde temprano, hasta la hora en que se toman un vermut por unos pocos pesos. Su sepultador lo mantuvo en ese juicioso e intermedio punto, con la idea de que disfrutara del prestigio social que ganó debido a su asesinato.

Cerrando el paréntesis, digo que, en la oficina, nunca nadie fue maldecido por ese varón de nombre Eugenio Gonzales, un buenazo al que le adscribían las tareas más ingratas. Este ponía mucha pasión en su

trajinar, y estaba profundamente interiorizado de lo que pasaba en RG Utilities (para él no existían las barreras ni incontinencias en su misión, y solucionaba a los perpetuos problemas generados por la falta de higiene).

Si bien tenía alguna que otra tristeza, se empeñaba como un lucero para dejar brillantes a los permanentemente maltratados ambientes de la Compañía.

¡Es tal como lo cuento, ese hombre se oponía rotundamente que la suciedad tuviera una minúscula influencia!

Llegaba a horario con impecables vestimentas, sus cabellos bien peinados, y se dedicaba devotamente a sus labores; además, sonreía de continuo y no tenía una pizca de malsana ambición.

No había menciones peyorativas hacia ese compañero; era querido por todos porque con abnegación y destreza no sólo limpiaba las basuras que los pandilleros de corbata dejaban, sino que daba auspiciosas ideas con el objeto de conservar la limpieza en el sentido más amplio del término. Con su brazo poderoso hacía vastos aseos, y no se dejaba llevar por los encubiertos ensueños que adormecían a los demás, es decir, nunca actuaba con pereza. (Porque muchos, fingiendo solitarios raciocinios en frente de las pantallas de las computadoras, no hacían absolutamente nada; eran flojos que libraban batallas que no existían, y miraban de reojo al reloj con expresiones que comprimían a sus ansiedades.

Gasman procuraba asegurarse que Eugenio trabajara siempre con él. Volcó a esa ilusión (con su iracundo temperamento) en un contrato al que su principal secretaria, Abigail Rocha, añadió categóricas oraciones en las que no dio cabida a puntos suspensivos. Entendió que era mejor no jugar, ya que no se tenía que escapar ese empleado cuyo crucial rol era silenciado adrede (aunque no podía ser salteado por el sentido común).

Él dispuso su continuidad frente a su secretaria, con la sagacidad de que no entablar disputas con ceos de otras compañías, celosos por no contarlo en sus planteles. De acuerdo a sus severas directivas, el nombre de Eugenio Gonzales jamás se borraría de las nóminas de sueldos de su empresa. Y pese a que rodaron unas que otras postergaciones, el documento fue firmado y cumplido con honorabilidad. *

*[Debo aclarar que esas derivadas deliberaciones tuvieron como causa que, si Raúl Gasman hubiera demostrado un excesivo interés, eso hubiera dado lugar en Gonzales un engreimiento que lo dejaría helado, como ser un pedido de aumento o cualquier otro privilegio que a la larga trascendería de lo confidencial, y lo perjudicaría frente a los otros quienes indefectiblemente se avisparían. Gasman quería conservar un homogéneo

espíritu dentro de su empresa sin que se produjeran chisporroteos envidiosos. De todas formas, este evitó que ese hombre se fuera a trabajar a otro lado, con la persuasión de que ya no existía la hidalguía, y la palabra dada no era una suposición irreversible como lo es el nacimiento de una persona. La gran paradoja de la modernidad es que a los sentimientos veraces (para que lo sean) hay que inscribirlos en un contrato]

Raúl Gasman nunca se atrasó al pagarle y jamás le descontó porcentajes de su sueldo, ya que el hombre nunca se disfrazó de caradura, ni trabó con burdas desestimaciones a su trabajo. Con buena predisposición se esmeraba duro y parejo sin hacer preguntas ni crear trastornos. Resulta claro que ese jefe autoritario y creído, encontraba en la figura de Gonzales a alguien lleno de disciplina, sin una pizca de vanidad en su carácter, y que no faltaba un solo día del año, aunque se estuviera muriendo con cuarenta y dos grados de fiebre o tuviera una indigestión repulsiva.

Eugenio Gonzales, hombre de piel parda y rasgos finos, era el único que realizaba labores físicas dentro de ese lugar en que se efectuaba logísticas informáticas para empresas. Y mantenía a su cordura dentro de un mar de difamaciones constantes (en esas enrarecidas oficinas nadie era honesto de corazón).

Se sabe cómo Raúl Gasman fue asesinado, y en quienes se fermentaron las sospechas (en ocasiones con patéticos fundamentos), pero no por qué se inició la concatenación fatal, ni a la incontrastable base con la que alguien justificó a su muerte. Hay algunos tópicos que son importantes que toque, con la idea de despertar a la definitiva sensatez, ya que las insanas especulaciones fueron (y continúan siendo) abundantes.

Declaro que estas inferencias mías no se originan en la confusión, a pesar de que resulta temeraria mi soltura al hablar abiertamente. No ignoré los hechos que coincidieron en parte con lo que me describió Abigail Rocha, que me gustó o no, pero fue el recurso que, en principio, ella utilizó para romper al monótono periodo del duelo. Frente a mí, admitió que esa historia no terminaría en la nada, y que no se harían inflexibles distinciones que darían a la investigación un relevante vuelco.

Lo que estoy a punto de exponer, lo haré a fondo. Me consagraré con mi recto entendimiento a aquello que ofrece la memoria, y me apartaré de las fantasías, las mentiras blancas, y de cualquier otro entorpecedor artilugio.

El asesino no tuvo turbación (o un desmañado balanceo) por el potencial cerrojo de algún casual vecino que hubiera querido aportar algo salido de su pura intromisión, o de la incomodidad al ver algo que le resultaría incomprensible. Avanzó resueltamente en su porfiada labor sin que nadie lo emboscara en un sentido contrario. Porque el autor de una fosa a cielo

abierto fácilmente se halla al alcance de aquellos dispuestos a escudriñar, pero gracias a su suerte, en esos momentos nadie lo identificó ni se le acercó a preguntarle qué estaba haciendo. Y a él le pareció que había una aceptación lisa y llana de lo que estaba efectuando.

Alguien a quien conocía, llevó a Raúl hasta ese nicho con una invitación que para el fallecido habría sido banal, como ser recibir un consejo con el que superar una dificultad, o un chisme concerniente a la inoperancia de algún empleado… (aunque los últimos contenidos de esas pretensiosas confidencias son difíciles de dilucidar). El asunto fue que a Gasman, que se enorgullecía de ser infalible, le picó el bicho de la curiosidad y quiso indagar un poco.

Y cuando se publicó la noticia de su calamidad, Sofía Ederek nunca intentó ordenar o poner escrúpulos en el bochinche mediático que la circundó, sino que enfocó su mirada a las lontananzas, como desprendiéndose de la fiereza de esa situación. A lo sumo eyectó un torpe punto de vista, como si Raúl apenas se hubiera ausentado y nunca había sido su pareja. ¡Las cosas habían llegado a ese sangriento punto, y ella se arropaba bajo la luna y el somnoliento imperio de las estrellas! Con su retraída conducta y falta de colaboración, denunció a la policía a su insinceridad en ese inmundo caso. Sin dudas, demostró las pestilencias que habitaban en su interior, más allá de las apetecibles formas de su cuerpo.

De más está decir que los admiradores y conocidos de Gasman, sin poner frenos a sus angurrias revanchistas, acusaron a Sofía de tener algo que ver con su muerte. Creían que la pasividad de la joven, le concedían la suficiente idoneidad para poner colores a los tonos grises de esa investigación. Porque cuando ella se vio rodeada por sus virulentos cercos, se puso a murmurar palabras que no tenían sostén.

Por supuesto que su frialdad y apatía eran desdoblados testimonios que la involucraban. El mismo comisario mayor de la seccional tercera, Guido Quisinni, dijo que reconocía de inmediato a las burlas que hacían a las autoridades constituidas, aquellos que después de deslumbrarse con delirios, elegían al crimen como el factor que resolvería tajantemente a inaguantables disputas (con ese acotado estilo de explicó que, debido a su inmenso bagaje de experiencia, nadie lo desorientaría así porque sí).

De esta forma, un caldo de cultivo en contra de Sofía se instaló presto y los que frecuentaron a ese dilema, obtuvieron sólidas pruebas basadas en "el menos común de los sentidos: el sentido común". Porque siempre fue así mis señores, lo cierto surge de observar a genéricas encrucijadas que nunca quedaron en las afueras de los lugares comunes.

Se comprendió que quién repudió a la vida de Raúl Gusman era alguien muy cercano, y Sofía Ederek, como su amante, cumplía a rajatabla con ese adjetivo. Ya no había que demostrar nada, y era suficiente con

ampliar algunos párrafos de las declaraciones escritas. ¿Qué sentido tenía complejizarse en debates cuando lo que ocurrió estaba tan claro? El más simple de los análisis habilitaba a la sospecha de que ella había sido una amante despechada.

Sofía no contestaba las preguntas que le hacían, establecía un beligerante porte, y se rehusaba a hacer declaraciones… y a esa aversión la evidenciaba en forma tan sofocante como lo hace el prominente sol cuando reina en los mediodías del verano. Quedaba reconstruir los acuciantes detalles de lo que pasó, y la torpeza asesina de la joven sería expuesta en su conjunto.

(Ya pasó el primer año de esa efeméride, y sigue habiendo un lugar vacante en mi corazón).

Manteniéndose a salvo de la fluida circulación de rumores que había en la oficina, una vez Sofía le dijo a alguien (en la confidencialidad) que Gasman era repugnante. Y esa no fue una sobrante exclamación de una mujer cansada, sino la certeza que a diario se diseminaba en su mente. Por momentos lo repudiaba y quería terminar con esa relación, pero después se desdecía (esto, según lo que yo había percatado, era otra razón que la obligaba a llegar tarde a la oficina). Y para compensar por las desinteligencias que mantenía con su jefe y amante, exhalaba suspiros de odio a sus espaldas, y a algunas retorcidas ideas que en la fachada serían el producto de su indignación.

Hacía desagradables comentarios sin suponer que así se ponía al descubierto; se abandonaba a explosivas mezclas de ladinos chismes con malhumores. Y después alegabas sentirse descompuesta y salía a rotar por las calles con la idea de no obedecer más órdenes; más tarde retornaba con meticulosa indiferencia, y la fatiga era repuesta entre los delicados rasgos de su rostro.

La ex esposa de Raúl, Noemí Sarraceno, se encontró entre quienes la acusaron, la corretearon, y la señalaron con el dedo, aunque la joven negó haber cometido semejante traición mientras se quedaba quieta como una piedra a la que acusaban de haberse cubierto con musgo.

La Sarraceno procedió en su contra sin detenerse en exhortaciones caritativas, porque lo único que le importó "fue destrabar las trampas y dejar que las roñas queden la vista". Su enojo se relacionaba con su predicada capacidad de distinguir la luz de las penumbras… quería que nadie echase un trapo con lavandina sobre lo horrendo que había pasado.

Eso originó un profundo malestar en Eugenio Gonzales, que vio cómo Sofía había quedado desamparada dentro una repentina y desventurada celebridad, y expuesta a las desorbitadas opiniones de quienes se creían jueces. Sintió pena como ella intentaba separarse de ese desbarajuste,

diciendo que no tenía nada que ver con eso. Según Eugenio, las personas del común entreveraban a sus vulgares sentimientos con lo estricto que establecían las normas, y a sus opiniones (que eran apriorísticas) las apilaban como sabias enumeraciones, a pesar que estaban emparentadas con los desenfrenados bullicios que transfundían la imaginación.

Ese hombre dedujo que ella tropezaría por su inexperiencia, por lo que ante las autoridades la definió como una joven correcta, cuyos trabajos eran diligentes, y que nunca se había comportado de manera descortés con sus compañeros.

Eugenio meditaba con tristeza sobre la rapidez con que se esparcieron malignos rumores que apelaban al tremendismo. Sin embargo, Sofía no agradeció a su preocupación (sólo en algún momento, mucho tiempo atrás, lo había favorecido con sus resplandecientes sonrisas), sino que lo observó trabando su respiración como si no se diera cuenta que la estaba defendiendo… ni de la nefasta broma que significaría pasar veinte años en prisión.

La disyunción era una de sus características, quería quedarse sola y que no lo acompañase nadie que se considerase providencial. Con cada paso que daba, se complicaba más, y ni siquiera la dejaban salir a la calle a tomar bocanadas de aire fresco. Era innegable que Raúl había dejado su impronta en esa mujer, al convertirla en una mentecata que no sabía cómo comportarse en dramáticas situaciones. Le había quebrado la personalidad para que se atuviera a su mando. Esa relación había tenido anomalías monstruosas, por la cual se iba acumulando mucha encarnizada audiencia que clamaba por su condena.

Gasman la había privado de los inocentes placeres a los que hubiera debido acceder de acuerdo a su edad, y la manipuló en forma escandalosa. Y después ella no tuvo comprensión del abismo que de golpe se abrió debajo de sus pies, que destruiría su futuro mientras desgarraba sin piedad a las auroras de apacibilidad con las que había teñido a sus anteriores presentes.

Permanecía en silencio, fría, sin gesticular, y la palidez en que se envolvía su rostro denotaba incertidumbres y pesimismos. Era tal la destitución que le produjo ese escenario, que todo se nublaba dentro de su mente. Le era difícil hablar de aquel desflecado crimen que la llevaría a pasar innumerables años en las sombras.

Raúl había sido lo contrario; cuándo se encontraba con algún conocido solía echarle una catarata de elogios, y valiéndose de sus felices corazonadas le aconsejaba los mejores lugares en adonde ir a comer y divertirse. Ayudaba a los demás con la disuasión de que capitanearía a cualquier circunstancia. Hasta su trágico deceso, su vida consistió en navegar por los agitados mares de la felicidad, y apagar aislados incendios

dondequiera que apareciesen.

Al cabo de un tiempo, el complejo corazón de Sofía Ederek la puso en pie de guerra al jurar que nunca tuvo la inclinación a borrar del mapa a Raúl Gasman; se notaba que estaba tensa, agregando en sus labios en esporádicos instantes a las sobresaltadas sonrisas de los que se excusan.

Quiso distanciarse con falso candor de su descarrío, sin hacerse cargo de nada ni arrepentirse. Las faenas en su contra serían nada más que fantasías irracionales que hacían hombres pervertidos. Y parpadeaba mucho con expectación de que incorregibles lágrimas no abrillantasen a sus ojos. No había nacido para matar a nadie, y los despojos de ese hombre habían sido puesto en el vecindario vaya a saber Dios por quien. Se sonaba la nariz, se mordía los labios, agitaba la cabeza, en suma, delataba más allá del bochorno a una incalculable culpa.

Era cuestión de tiempo para que le sonsacaran ascendientes datos que la implicarían, y que sin demoras y de manera frontal, desembuchase por qué lo hizo. Aún no se adivinaba si ese horror fue por un acto de locura, una infidelidad, o si estuvo conectado con alguna represalia. Sus desfallecimientos no se prolongarían, y se develaría que su insistente asombro era el barniz con que recubría a sus macabros pensamientos. Pronto serían derribadas sus descabelladas negaciones… o al menos muchos que se habían crispado generaron cabales ilusiones en ese sentido, ya que hubo un obstinado morbo en el público que compelía a que se supiera cada detalle lo que había ocurrido.

De todos lados llovían eruditas elucidaciones, y con la actitud pura de salir en su defensa Eugenio Gonzales dijo:

-"Sofía sufrió por el duro trato que le dio Gasman, pero sin él sus tripas se hubieran retorcido con hambre".

¿Qué sabía Gonzales? ¿Qué autoridad tenía para conocer las riñas que bullían luego de atravesar los frontispicios nominales de la empresa, si siempre fue amonedado como un siervo que fregaba el piso y limpiaba las ventanas, o un tipo atento que nunca tenía un minuto libre a causa de sus demandantes ocupaciones? Bien, él sabía a ciencia exacta cuáles eran las descaradas pretensiones de aquellas mujeres, aunque su vida no era más que aguantar y sufrir las consecuencias de sostener altos estándares morales.

Y en el juicio expondría aquello que ocurría puertas adentro, haciendo una síntesis de las bajezas que sin cesar se desarrollaban bajo sus narices. Estaba dispuesto a revelar, como el más fiel de los deponentes, a los secretos que habían sido puestos bajo siete llaves, porque tenía un candente conocimiento de cada acto que se había llevado a cabo dentro

de las dependencias de la Compañía.

Eugenio Gonzales no era alguien que sustentaría un mero enfoque general, ya que estaba al tanto de multitud de pormenores. Enfrente de Abigail Rocha solía lustrar los enseres, y a lo sumo se quejaba de que no bastaba con un plumero para arrasar con las pelusas y las intenciones maléficas de las arañas (además clamaba con bondadoso espíritu que no toleraba al olor que se desprendía de la inmundicia). Con eso no generaba polémica, a lo máximo obtenía simpatía por su simpleza y abnegación. Por un tiempo se lo había tratado como un niño mimado, aunque nunca se embobó, y con vigor continuó atacando a las invisibles bacterias, las que, a pesar de ser también criaturitas de Dios, hacían mucho daño.

No me cuesta nada decir que era un sabio y un destructor del mal, y que su presencia era celebrada sin disimulo. Para Abigail y Sofía, Eugenio formaba parte del paisaje profesional, y tiempo atrás le habían guardado una especie de cariño. Como creó haberlo dicho, las había seducido con su tenacidad y buenos modales, y era tenido como una persona honesta que tenía una considerable variedad de conocimientos prácticos. Alguien que se exceptuaba de cualquier malentendido.

II

Sin arreciar en chimentos indecorosos, expenderé unos testimonios favorables a Raúl Gasman, como una nota paradójica cuyo propósito se remite a que nadie olvide que somos hijos de la ofuscación, y que la paz que atesoramos en cada día es parte de la sagaz paciencia de la muerte.

Desde su divorcio, Noemí Sarraceno no dejó pasar un solo día sin maldecir a su ex marido, aunque ya había depuesto su cetro en la empresa y apenas ejercía un poder parasitario sobre este (lo que, con risas, señalaba como su más encomiable arte). A sus agravios, Raúl las ignoraba con ufanidad, o se jactaba de estos sin eufemismos, porque si bien acusaba a su ex esposa de ser artificial y cruel, la terminaba perdonando con la resolución de no colocar a sus andanadas entre sus prioridades.

En cambio, la Sarraceno pasaba por periodos de soledad y tristeza que incrementaban su inquina hacia Gasman, aunque se impartía como una mujer capaz de mirar al mundo desde el más alto pedestal; su presunción era la de ejercer un victorioso rol con solo licuar en su rostro a una sonrisa. Desde entonces, su revancha contra su ex consistía en prescindir del envejecimiento a través de métodos surgidos de las ramas radicales de la ciencia; entre otras cosas se arañaba la piel con suaves cremas y después la alisaba con la luz azul de una lámpara que hacía un ruido terrible.

Terminantemente afirmo que cuándo en el invierno del 2010 se tomó unas largas vacaciones, su ausencia fue una dicha para los que clamaron sin zigzagueos que la libertad era no tener que verla interfiriendo en negocios que estaban fuera de su jurisdicción, en los que ella no tenía injerencia alguna ni podía programar nada. Porque bastaba que la "bruja" exhalara un suspiro para que originara controversias, que caían especialmente sobre el pobre Gasman, que nunca se hastiaba de su hostilidad inagotable. Era manifiesto el odio que le tenía esa mujer, y vertiginosos los choques en los que lo reiteraba. Yo mismo, que asentí servilmente a cada una de sus exigencias, no tuve otra opción que doblar mi espalda con el fin de que esa maldita no me relevase, y me mandara al otro lado del puente que cruza al mundo y lo divide en dos partes (las de los que trabajan y los desempleados).

Admito haber tenida con ella algunas confrontaciones que no fueron disputas propiamente hablando, pero de las que salí entre furioso y mal herido. En mi memoria cargo a las pestilentes imágenes de la Sarraceno cuando intentó destrozarme como si fuera un juguete de plástico. Y cuando en otro de sus "inolvidables intermezzos", fiel a su vileza, ella objetó mi lugar en la Compañía. Se había vuelto muy colérica e irritable, porque que se le metió en la cabeza la idea de que yo me había puesto en su contra, por lo que intentó emplazar una aplastante lápida sobre mi desempeño laboral.

Yo, que desde el primer momento fui un primordial actor de R. G. Utilities, de pronto me vi atacado por venenosas banalidades que me inocularon una bronca que nunca se disipó; ella había conseguido convertir mis herméticas rutinas en situaciones desesperantes. Pero, también recuerdo como la galvanizada figura de Raúl Gasman se interpuso con la finalidad de defenderme, oponiéndose a las dañinas propensiones de la que entonces era su mujer. En ese instante le exigió que piense en mejores alternativas a lo horrendo que significaría despedirme. Firme, con la suma de su fe puesta en su voz y sus músculos, Raúl le pidió que se me respete como individuo y no me tome como un objeto.

El patrón rechazó cada una de las acusaciones que Noemí lanzó sobre mí, y para optimizar mi reputación incrementó a mi salario (aunque enseguida me aclaró que ir más allá de ese monto sería impensable).

A partir de ahí, la mujer que había organizado fríamente mi destitución tuvo que replegarse a un encogido silencio, porque había perdido la batalla en el decisivo terreno de los valores. Y por eso fue que, contrariando a lo que cuatro años después dijo la Sarraceno en el juicio de divorcio, afirmé que Raúl era un sujeto serio, un amoroso padre que nunca aplicó los ardides del ansioso, y jamás usó sus puños ni ostentó violentas costumbres (cuestión que los abogados de la harpía habían

armado cómo estrategia).

Estuve con Gasman en las buenas y las malas, sin que me importase el torrente de insultos (o calumnias) que me volcaran por apoyar a sus emprendimientos. Juntos hacíamos un vigoroso llamamiento en las primeras horas, a que se abran las ventanas y se ventile con renovados aires a los soterrados cubículos. Gracias a mi ayuda logró aplacar a la millonaria demanda de la Sarraceno, y sólo tuvo que pagar onerosamente por la manutención de su hijo Matías, que por entonces era un niño que imitaba a los sonidos de los animales con simpáticas estridencias.

Poco quedó de aquel hombre que conocí después de los forcejeos que hicieron Noemí Sarraceno y otras mujeres, que desde avarientas posiciones lo desestimaron e hicieron de él a un chiste. Lo pelearon con la conciencia de que les pertenecía, y el pobre aceptaba que su legendario estatus quedase completamente envilecido. Aquello resultaba profundamente perturbador y no causaba bienestar a nadie (a no ser al mismo Raúl cuya cachonda personalidad era impermeable a los ribetes dramáticos). A él no le importaba que le ladraran reproches hasta la madrugada, y a las pendencias entre sus mujeres no las veía como invasivas y desordenadas, por el contrario, le producían gozos que lo enmohecían.

Luego, conoció a Sofía Ederek y sucedió lo inevitable: se enamoró de ella. Pero no pasaré más datos personales de esta, a no ser alguna remembranza de los resoplidos que pegaba cuando se atascaba con Gasman en la piecita del fondo, que a veces se usaba de depósito, tenía una cama, y la cerraban con llave. Eso ocurría casi todos los días, y no faltaron los serenos que atestiguaron la existencia de varias correrías nocturnas. Se trataba de un procedimiento que se consentía plenamente, pero para muchos era motivo de broma por su especial regularidad. Supongo que los dos podrían haberse encontrado en otros lados, pero saboreaban el hacer esos agitados encuentros que resollaban como vejatorios para algún que otro empleado.

El caos y el cosmos se combinaban en ese pequeño ambiente, en cuyo baño y a continuación, se bañaban usando las mejores lociones; al terminar, tomaban los vinos que él sacaba de una escondida bodega.

Como acabó de narrar, tales encuentros eran voz común en la oficina; todos veían como salía Raúl con el pecho inflado. No tenía inhibiciones, y le surgía una extraña risa que marcaba a su alto grado de excitabilidad. El mundo era excelente a medida que lo iba recorriendo, las mujeres lo adoraban, su fortuna se multiplicaba, y a los ojos de los pobres diablos era un ganador.

Pero (reitero) para algún que otro trabajador, aquello era un suplicio que le sembraba amarguras e interrogantes. Porque no faltaban los

enamorados de Sofía que se baboseaban al verla pasar. A esto debo enfatizarlo, uno de los que se quedaban rígidos y serios, calculaba a esos actos como la extinción total de sus esperanzas. Y sufría, mientras que Raúl Gasman, daba órdenes extendiendo sus blancas manos (cuyas uñas habían sido pulidas por una pintarrajeada manicura). Reencontrando a las márgenes del habla, sentía como su corazón retumbaba satisfecho.

Ese hombre se mostraba excesivamente contrito cuando Gasman saludaba con un apretón de manos a los que se le cruzaban, con n conciso interés en sus actividades o elogiando con encarecimiento lo que consideraba un buen trabajo. Con esas displicencias, practicaba sobre el infeliz a una vigorosa humillación: al mostrarse gigantesco hacía ver lo minúsculo que el otro era.

Eugenio Gonzales, situado en un estrato social mucho más bajo, sufría masivas envidias que le hacían aumentar su pasión por Sofía Ederek en forma atropellada.

Sin encender a una densa y negra fogata de humorismo, tengo la suficiente honradez de precisar que era a él a quien las detestables risas de Gasman molestaban con una saña especial. El denodado trabajador se transfiguraba ante la proximidad de Sofía, y por bastante tiempo había llevado a cabo el juiciosa artilugio de ignorar lo que ocurría, y de ninguna manera dejo que se conociera al ardoroso volcán que rugía en su interior, o las trastocadas cuentas que hacía. En horarios de trabajo sus sentimientos se hacían intangibles y de sus labios no trasuntaban cuestiones maniáticas. Prefería excederse en perfeccionar a sus labores, y recién a las nueve de la noche se largaba a su casita ubicada en el medio de una zona de pajonales.

Sin embargo, esa alma proba había caído en la cuenta que las quejas de la joven eran implacables, ya que una sucesión de dantescas historias de Gasman, le fue contando a su amiga Abigail Rocha (sin reparar en el hombre de la limpieza o tomándolo como un ser invisible).

Sofía armaba grotescas imitaciones que parodiaban algunos aspectos malqueridos de la personalidad de Gasman; se tornaba festiva, y a sus gestos generalmente adustos los remplazaba con otros que tenían un origen siniestro. Se deslizaba por exóticas cuestiones que lindaban con lo repugnante; muchos chismes infames Sofía largó al éter con el designio de desnudar a la insegura naturaleza de Raúl, y configurarle una imagen que no coincidía con la que él imponía a los demás.

Por supuesto que nuestro querido Eugenio no tomó a eso con liviandad, sino que advirtió gravemente a los terribles defectos de Raúl Gasman, al que con inmadurez e inconsciencia había idealizado. También supo que la joven conocía a su ya adolescente hijo Matías, a quién le endilgó tener el "gen de los fanfarrones". Ella describía como penosos o derechamente

aflictivos, a varios hitos de la vida de ese hombre, que este había ensalzado como si fueran los sagrados tránsitos recorridos por un dios.

III

Más allá de lo relacionado con playas paradisiacas, templados mares, o aquello que se insertaba en sus predilectos parajes del globo terráqueo, Noemí Sarraceno dedicó su remanente accionar a menoscabar a su ex marido. Su reacción al divorcio del 2014, fue disputarle el poder de la empresa haciendo una cantidad de movimientos inversos a los que realizaría una persona sensata. Casi al mediodía, cuando adquiría su lucidez diurna, se ubicaba frente a un gran espejo, vocalizaba algo que estaba en las orillas de un elogio, y que al sonar en forma potente endurecía a sus rasgos (de acuerdo a lo que en el reflejo del cristal se distinguía), y desarrollaba un monólogo cuyo objeto era dispersar a la oscuridad que se había acumulado en su alma. Así era como refinaba a su agresiva personalidad.

Había atravesado los más selectos balnearios de las costas europeas, con la idea de volver a Vicente López con la renovada prepotencia de ocupar al espacio que creía suyo. Con un estilo característico se hacía ver elegante y próspera, durante los itinerarios que efectuaba por los sitios lujosos de la ciudad. Y hacía oír a sus disgustadas opiniones acerca de su ex marido.

Por eso, el crimen de Vicente López, que cayó inesperado dentro de la de los habituales acontecimientos, le resultó altamente satisfactorio, y entendió que su vida (tanto del presente como la que sumaba del pasado) se justificó por haber llegado a esa instancia a partir de la cual no tendría que cumplir con forzados retiros, y se suscribiría a una novedosa libertad. Guardaba en su cartera al recorte de diario de lo que había pasado en forma tan intempestiva, cuando la noche mató a su enemigo antes de haber agotado el tratamiento de desprecio que continuamente le asignaba.

En su entorno, aseguró saber cómo Gasman fue víctima del hechizo de una de sus secretarías, siguiendo variantes que carecieron de asidero en lo racional. Para ella, su muerte resultó de andar detrás de una penosa mocosa que nunca se habría adaptado a las imprescindibles reglas de la alta sociedad. Seguramente, como él se había cansado de esa relación, ella pagó a hampones para que lo maten. Y no le era difícil explicar a esa locura, ya que ella había tenido que soportar por catorce años a la misma presión que ejercía sobre los que lo rodeaban, aquel al que desenterraron de un lugar en el que habían sido divisadas tierras removidas, y hacia el cual los perros ladraban sin sosiegos.

La Sarraceno se había corrido de su confinamiento en un paraíso terrenal, y en tierras argentinas vislumbró a ese sonado escándalo que se originó en la irresponsabilidad de un hombre que pasaba los cuarenta y nueve

años, y se lío a una muchacha que podía ser su hija y despedía olor a colonia barata.

Pronto se corresponderían las cosas con la verdad, y cuándo fue su turno de comparecer en el estrado, y sin asustarse por las escupidas demandas del fiscal, Noemí Sarraceno se entregó con verborragia a los temas en los que era indagada, mientras era indolentemente acordonada en uno de los iniciales días del renombrado juicio.

Le explicó que sentía que su deber era estar ahí presente, y que se sentía absolutamente justa y hasta sentía una benevolente pena. Genial, contenta, exhibiendo con petulancia a sus dotes oratorias, y un dudoso humor que quiso hacer pasar como empatía, determinó las disfuncionalidades de quien alguna vez fue su marido, y la falta de sentido y confusión con que ciñó a su vida.

Llevaba puesto un sugerente vestido amarillo, se había espolvoreado bien la cara, y si la hubieran dejado hablar a voluntad, sus crueles miradas al pasado junto con sus comentarios crudos e incisivos, habrían durado una eternidad.

Por fortuna, el fiscal sólo le dio la oportunidad de desarrollar algunas de sus típicas aflicciones, y Noemí se explayó sobre los malos tratos que había recibido de su ex, que debido a que fueron mucho peores que meros enunciados verbales, la constriñeron a residir en otro país donde tanto la violencia física como la que infla a los vocablos, son severamente penalizadas (también se refirió al clima y los paisajes, y como estos influían en la condición humana).

Se despachó con antiguas recriminaciones y acechanzas, y aceptando que la brevedad a veces era necesaria completó su testimonio.

No tuvo la inteligencia de percibir que a ella se la contaría como una principal sospechosa… o mejor dicho, se hizo pasar por una mujer inocente y desapercibida que analizaba a esa obra maestra del terror desde una alejada posición neutral. Para dar una imagen de indignación, hasta empañó sus ojos con un rocío de unas lágrimas porque “no soportaba que haya ocurrido semejante maldad”:

Antes del final decretó que perdonaba a Raúl, quien se había equivocado muchísimo (como quedó tristemente demostrado) en aspectos muy importantes. Luego, aportó otros lugares comunes, pero lo hizo con “la exquisitez que le correspondía a una mujer de talento, cuya actuación siempre fue honorable a pesar de haber sido condenada al ostracismo”.

En esa Sala de Justicia en la que se quiso organizar o reinventar al cosmos, también Abigail Rocha hizo sus insulsas constataciones sin hacer zafarranchos dialécticos (a lo sumo, no dejó de exaltar a Raúl Gasman

como la buena persona que fue). La mujer realizó un apropiado juego del lenguaje de acuerdo a su parlanchina naturaleza. Enumeró a los años en que trabajó bajo su égida, y como atravesaron tumultuosas épocas y otras que se conformaron con prósperas cualidades (el retrato que ofreció de él no fue rectilíneo, y dependió de si los tiempos fueron de crecimiento o conllevaron algunos signos de depresión económica). Solía ser un tanto gritón, pero a partir de su relación con Sofía Ederek, se le fue configurando una súbita dulzura en su carácter. La joven lo confortaba demasiado, le decía cosas dulces, le escribía cartitas… ¡y así hizo explicitó la relación que éste mantuvo con Sofía, es decir, enseguida visualizó a las prendas de las que Sofía había procurado desvestirse!

La secretaria se movió con discreción, lo que le impidió asignarse culpas (quizás efectuó esos malabares porque sabía que abajo había redes jurídicas similares a las sogas que en los circos se atan para proteger a los que, en las alturas, con sus juegos entretienen a los espectadores). Aseguró que era puntual y decente, como si eso fuera suficiente para comprobar que su conciencia no la sacudía. Y expuso elementos contraindicados, como que, a causa de sus desánimos, consolaba a Sofía, quien durante el juicio se sentó a su lado conteniendo las lágrimas y evitando mirar a los ojos.

Sus prolijas ansias estaban puestas (estableció sin hesitar) en reinstaurar una justa imagen de su jefe, que había iluminado a un proyecto grandioso, o sea, cuyos esfuerzos dieron luz a R.G. Utilities cuando todavía la informática estaba en pañales.

A pesar de las frecuentes migrañas que la obligaron a retirarse de los Tribunales durante los días centrales del mes de octubre, Noemí Sarraceno dio a conocer varios atisbos de su inhumanidad., y después de sus sombrías expectativas acabó refiriéndose a lo abstracto o netamente absurdo. Era curioso como al rato modificaba sustancialmente lo que había dicho, y luego se retractaba de esa modificación.

Hizo un sinfín de negaciones (que he anotado), y consideró que su locuacidad no sólo era abrasadora, sino que también se componía de una imparable sinceridad. Tuvo un gesto aprobatorio hacia el muerto cuando recordó cómo había enseñado a nadar y a andar en bicicleta a su hijo Matías.

A esa hipócrita mujer le interesó saber cómo se llegó a ese ruin estado de cosas, e hizo una bizarra defensa de cuando ella era “la que manejaba la administración, y conectaba a su inteligencia con lo que era apremiante hacer”.

Así, se echó a dar pintorescas razones que se desviaron de las obvias pautas legales. Porque observó y comparó a lo nuevo con lo viejo, leyó a las tecnologías de una manera profunda y descarnada, y concluyó que

debido a su carácter inflexible sabía sabido rechazar con un “no” a aquello que no le agradaba.

Acerca de Sofía Ederek: "no sabía de quien se trataba", y Eugenio Gonzales "no pasaba de ser un mamarracho que no merecía su más mínima consideración" (como siempre, fue desdeñosa con los obreros, y sacaba a relucir a los afilados bordes de su egoísmo como si fueran sutilezas o ingeniosidades).

Me detengo en este punto, esa mujer veía a ese hombre como quien habitaba en el mundo de las fatalidades, o sea como un sujeto que no era de su clase social. Pero en verdad su odio hacia este tuvo más que ver con sus infructuosos intentos de seducirlo.

De Gasman, agregó que con bobas maniobras se había regodeado haciéndola renegar, y que apeló a artilugios financieros cuyos rasgos a ella sindicó como fronterizos. ¡Esa mujer no temió hundirse con la cantidad de pretextos inútiles que dio! Él había sido alguien esencial en su vida, pero muy tarde se dio cuenta que nunca la había tratado con afecto. En cada uno de los desleales y cambiantes retratos que hizo, patentizó que Raúl Gasman era un sujeto sin moral. Y remató a sus infelices alocuciones diciendo que sabía que le fue muchas veces infiel, pero "su sonrisa ya no era juvenil, y se había opacado su mirada".

Pero lo que verdaderamente tuvo importancia fue lo que, durante un residual compás de espera, declaró acerca de su muerte:

-"Los que llevaron a cabo ese horroroso crimen juntaron mucha saña".

Esa descontrolada sentencia que dejo caer al paso, fue la conclusiva prueba de que únicamente había cumplido con la formalidad de mentir. Se trató de una confesión pública que la incriminaba en forma expresa, ya que señaló a una organización criminal que seguramente contó con su tutela.

A pesar de ese fatal desliz en su comunicación (que demostró que estaba al tanto de lo que sucedió durante las últimas horas del muerto), el juez Diácono Marralde no le importó su naturaleza de hiedra sanguinaria, ni le endilgó las sospechas que se acumularon con matemática exactitud. Se dejó llevar por su desenfrenado palabrerío, y eso que no se trataba de un anónimo sujeto al que azarosamente se le pregunta por el nombre de una calle, o un lector de cartas de tarot, sino de un juez nacional cuya función era resolver los casos sin recurrir a lo fastuoso o simplificador.

Las grumosas voces oficiales de esa Sala Novena, pronto excluyeron a Noemí Sarraceno, es decir, asumieron que su estatus era la de una inocente. Así, la quitaron del campo visual de los sospechosos, le suministraron un salvoconducto, y la ensoberbecida mujer evitó una

pesada condena de cárcel.

Más adelante, en la sentencia que formó parte de la ilógica ecuación de la Justicia, no se la mencionó y ni siquiera fueron registrados algunos de sus excéntricos graznidos. Ese se constituyó en el primer fracaso rotundo de esa Sala imperdonable.

Las otras mujeres debieron ser aplacadas, porque habían presentado alegatos insustanciales y sus dobleces las hacían marchar hacia una dirección complicada. El juez les entregó las cifras del Código Penal como un estímulo para que negocien. Fue un planteo razonable que no cuesta comprender, y tuvo como finalidad la determinación sin equívocos de lo que pasó.

- “Tienen que limpiar sus almas”.

Eso fue lo que Diácono Marralde les demandó para que ese clímax legal no se torne en perpetuo o indefinido. Sobre ellas recayó una indagación más exhaustiva que la efectuada sobre la zorra de Sarraceno.

Y más allá de que no hubo en su contra denuncias de cuño formal, las dos mujeres celebraron con un conspicuo revoleo de sus cabellos a la comparecencia en el podio de Eugenio Gonzales, quién se apersonó entre conmovido y turbado por la atención recibida, y cuyas palabras fueron de compasión por quién más que su jefe, fue su mejor amigo.

Pidió un minuto de silencio por éste, cosa que causó en Sofía Ederek y Abigail Rocha un enorme pavor que fue concretamente atisbado en las mudas mutaciones que se concatenaron en sus rostros. En sus mentes se extendió la idea de que en los siguientes minutos no se elucubraría un diferente panorama. Por unos segundos hubo un desalmado silencio, y al poco vibró a través de un micrófono una escabrosa idea qué además de ser una farsa a la que había que ponerle un asterisco gigante, era una intrigante suposición.

Y Eugenio, que siempre creyó ser el mejor de los amigos, sintió náuseas y de sobremanera se desilusionó. En un duro instante, el pobre atrajo sobre su persona a los más desenfadados ardides femeninos, situación que ya había sucedido varias veces en el microcosmos de la oficina (esto, a pesar de que había actuado con muchísima sensibilidad para no inculparlas).

En el estrado, Eugenio Gonzales arriesgó un dilatado enfoque de lo ocurrido durante aquel resbaladizo día en el que había habido un sol pálido antes de que la noche cayera de lleno. Y afirmó que siempre reunió apertura y simpatía hacia Sofía y Abigail. De a poco, se abocó al dilema de la muerte de su jefe con diestros enfoques. Su bravura fue inscripta en folios en los que se verificaría fehacientemente que jamás había cometido

una sola falta.

Y comentó que, si Raúl Gasman estuviera en esas inmediaciones, hubiera dado el perdón como su última arremetida heroica, porque deploraría a esa maldita perplejidad y escogería transformar al lento desastre de su muerte en algo que tuviera una beneficiosa repercusión.

A su turno, cuando fue llamada a declarar y los mares no aguantaban cargar con tantas aguas, sin corregir a su encorvada postura, en el medio de un derrumbe sin paralelo en su corta vida, y con tartamudeos con los que acentuó a su distanciamiento implacable, Sofía Ederek confesó la relación que tuvo con su jefe, asegurando que esperaba que éste tuviera listo para casarse, porque estaba harta de ser "su segundo, tercero, o cuarto plato". De esa manera formaría una familia con ese poderoso hombre como un paciente método para ser feliz. Y no hablaría de sus planes si estuviera dentro de un contexto normal, pero ya no correspondería con su silencio a los maleducados que, en esas acuchilladas horas, la acechaban sin descanso. Espiando hacía un alto ventanal, afirmó algo humillada, que no quería que sus pasiones fueran conocidas por el mundo entero.

En el medio del Proceso ocurrieron aquellos temporales que se desencadenan cuando el cielo se torna demasiado caluroso y se atiborra con grises. Primero se advirtió una diferente configuración en las nubes que se aplastaron en franjas. Luego, fue pasmoso ver como las aguas vertidas abnegaron a miles de metros cuadrados de calles de asfalto. Y no hubo un solo hombre que no corriera con la ambición de no mojarse, o no se pusiera a pensar en que se haría difícil volver a su casa. Recién cuando terminaron las espumosas lluvias, en esa Sala se instiló la determinación de alcanzar un esclarecimiento concluyente sin tener que oír a más carnavalescos relatos.

IV

No queriendo hablar de más en esa tarde de noviembre que se instaló diáfana, y superando a las constricciones provocadas por el vendaval que chocó contra las puertas gigantes del Palacio de Justicia, entró Eugenio Gonzales con su exacerbada condición de un desigual.

El corazón le palpitaba con las típicas parsimonias del que no tiene nada que ocultar; su objetivo era declarar con suficiente nitidez con el fin de quebrar a las temibles ignorancias y los malentendidos. Haría insostenible la hipótesis de que tendría algo que ver con la muerte de su jefe, porque ya no embotó a su cabeza con sentimientos de solidaridad hacia las mujeres.

Sin embargo, desde donde estaba sentada (el principal banco del ala derecha), Sofía Ederek aumentó en pocos decibeles a la sonoridad de sus

murmullos, dejó de lado su mudez para repetir imprecaciones que apenas fueron audibles. Algo incontenible golpeaba a su pecho, que no tenía relación con lo que había inventariado hasta entonces.

En el remoto pasado las acentuadas palmadas que ubicaba en la espalda de Eugenio Gonzales, hicieron que éste se ilusionara con que estas se transformasen en suaves caricias. Pero en los engranajes de esos cariños hubo muchos faltantes, y el descubrimiento de la soterrada concupiscencia de Gonzales fue una mala sorpresa para Sofía.

De la noche a la mañana, el hombre se proyectaba con su cuerpo con el trastornado propósito de relacionarse amorosamente. Y una grave permutación se produjo en ese vínculo laboral, y a la joven, después, le importó un comino los lamentos balbuceados por ese hombre que realmente se había entristecido.

Fue a partir de ahí, que este se diseñó un privilegiado lugar en un caos que sin siquiera había previsto.

El torpe había delatado sus pasiones a tintero abierto, y en uno de esos días, entre desfallecimientos y el acompañamiento de un extremo licor, hubo de parte de él hacia ella, más que un favor, un piropo, o un ruego, la aparición de un toqueteo con un distintivo arraigo en lo desacertado. Algo por lo que no habría que sentir apocamiento porque duró exiguos segundos; se trató de una pequeña reacción que se discontinuó de lo común y ordinario… fue una espontánea e insignificante reacomodación de las manos, que nunca se hubiera debido presentir como una deplorable invasión a la fisonomía de la mujer.

Eugenio Gonzales frunció el ceño, puso su voz más dulce, y se disculpó. De todas formas, al divisarlo, Sofía abandonaba las taxativas enumeraciones que solía hacer en su computadora, doblaba un poco los hombros y le pedía que se fuera. No sólo le tomó inquina, sino que lo trató como a un miserable, y cuando lo veía cerca examinaba cuidadosamente cuales eran sus movimientos.

Sin embargo, a aquello que ella hacía, Eugenio Gonzales le atribuía un carácter provocador, y aún sus recónditos suspiros le parecían manifestaciones palmarias de sus ocultos deseos de encontrarse a solas con él. Estampando lánguidas expresiones en su rostro, se preocupaba en que lo viera, y se aproximaba en la espera de que finalmente se quitase la máscara de su amor a Gasman.

La anunciada sentencia de mediados de noviembre, antes de inspirar temor al estipulado castigo, sacó a relucir a la más feroz vaguedad, y el juez Diácono Marralde agradeció a los testigos que fueron apelados en las recurrentes sesiones, ya que le ayudaron a establecer a quién le

correspondía la responsabilidad, penalmente hablando.

Esa sentencia no originó repulsión en nadie, con excepción del pobre Eugenio cuyas preliminares perspectivas se habían limitado interactuar en ese juicio manteniéndose en una contraída periferia. Le resultó devastador que los resultados de las pesquisas a las que fue sometido, no fueron los que había esperado con complacencia. Había querido salvar a Sofía, pero muy tarde se dio cuenta que, pese a su servicial actitud, lo había echado al chiquero.

El hombre no tardó en levantarse con la escritura en su frente de aviesos interrogantes, y cuándo se dirigió al estrado con el espontaneo propósito de volver a testimoniar, canceló a su brío al columpiarse entre dos robustos guardias que lo habían tomado de los brazos.

Los autores de esa tropelía no le dieron garantías, y de la misma manera que en su último minuto, Raúl Gasman se desilusionó del poder económico que le atrajo maldades inadmisibles, Gonzales lamentó el haber encabezado tantos esfuerzos conciliatorios dentro de la oficina… (recién en ese trance durísimo abandonó en forma inexorable a su noble afán de proteger a la que después lo había denunciado).

Lo que había hecho Sofía Ederek fue una patraña fabulosa: nunca sintió amor por Raúl Gasman, sino que había mantenido a esa relación por interés. Aparentaba amarlo, pero en verdad sólo se aseguraba una existencia cómoda en la que como único problema anexaría al aburrimiento.

Gonzales, a lo sumo, había intervenido como alguien preocupado, cuya voluntad fue que pasase lo que tenía que pasar. Cuando se enteró de los espantos de Gasman (a través de los indiscretos diálogos que la joven sostenía con Abigail Rocha), este se convirtió en su enemigo mortal. Contó sus pasos y descreyó en él, con la idea de que sufriera los mismos destrozos que Sofía experimentaba a diario.

Esos argumentos en su contra recién fueron difundidos por los psicólogos oficiales que entendieron que sus reacciones, en muchos casos, derivaban en intransigentes furias, y básicamente por la acotación que había hecho Sofía de que algún tiempo atrás la había acosado. Pero esas frágiles contribuciones sólo fueron modos de pensar, retos lanzados por quienes quisieron encontrar un culpable para eximirse de responsabilidad, o elaboraciones intuitivas que jamás debieron ser acreditadas como pruebas.

En ese malhadado juicio se excluyeron incógnitos aspectos de la fortuna que labró Gasman, denuncias comerciales que le habían hecho, la mezquina aspiración de Noemí Sarraceno de fundir a su ex marido, y

cientos de cuestiones que convergían con impudicias peores.

Más allá de la facturación de su abogado (un considerable estipendio), Noemí Sarraceno no sufrió perjuicios, y después se abstuvo de atacar al difunto, excepto durante algún que otro rebote de ira que fue más bien estrambótico. Por el contrario, lo recordó con sus juveniles dotes de seductor y por la grandilocuencia económica que le dio a su vida.

Y mientras que esas tres "damas" volvieron a su vida corriente, yo que siempre estuve detrás de ellas observando a sus desparpajos… porque es bueno ya decirlo: yo, Eugenio Gonzales, adquirí la configuración lateral de los fantasmas, pagando diariamente por sus osadías, meditando en la impetuosa efusión de muerte que trae cada gota de sangre, y arrojando agua fría sobre mi estúpida arrogancia de creerme un componedor.

Ahora es una inferencia anacrónica aquel rastrillaje que hice por los perímetros no pavimentados de Vicente López con el designio de hacer el pozo en el que cayó Raúl Gasman (y de nada me sirve convertir al lector en receptáculo de revelaciones macabras). He transcripto a esta narración en tercera persona para no dispersar la atención del lector de aquel escabroso problema, que por desgracia estalló en mis manos.

Fin